Autobiografía

Mi nombre es Lucía Ponte y tengo 18 años. Nací el 19 de febrero del año 2002, es decir, soy cúspide Acuario-Piscis, o como diría mi amiga Sofía, soy “Picuariana”. Mis padres son Andrés Emilio Ponte y Mariela Andrea Ferrer, quienes además trajeron al mundo a mi hermana mayor, Agustina Ponte.

Recuerdo mi infancia con cariño ya que mi familia se esforzó en darme el mundo desde mis primeros años de vida. A temprana edad tuve que asistir a una fonoaudióloga debido al hecho que imitaba el acento de mi abuela de origen gallego, Liliana, y por ello, en vez de pronunciar las “eses”, siempre pronunciaba las “zetas”, recuerdo el cual mi familia conserva como anécdota. Asimismo, no me gustaba asistir al colegio Inglés, mayormente conocido como el colegio “San Bartolomé”, ya que me resultaba sencillo distraerme al no poder lidiar con el nivel avanzado de la institución. Consecuentemente, mis padres decidieron trasladarme a “Mirasoles” en el año 2010, y repetir segundo grado con el objetivo de acentuar mis tempranos y escasos conocimientos. Ésta iniciativa considero fue una de las mejores al marcar un antes y después en mi vida. Mi mamá me recalca hasta hoy en día el hecho que no quería faltar a clases; incluso hubo un acontecimiento en el cual mi familia había decidido vacacionar por el lapso de tiempo de una semana, y yo con 8 años estaba determinada a quedarme en mi casa con la finalidad de no atrasarme en el colegio. Mi mamá se vió obligada a acordar un día de encuentro con mi profesora con el objeto que la misma me tranquilizara y afloje mi pensamiento.

Por otra parte, mis padres y, sobretodo, mi abuela materna me inculcaron desde niña el conocer otras culturas. Para ello, aquellos se esforzaban en trabajar duramente hasta largas horas de la noche con la finalidad de permitirnos viajar, tanto a mi hermana mayor como a mí. En mi familia es muy importante conocer otros países, ciudades, pueblos, etc, debido al hecho que los mismos consideran “el viajar” como el regalo más importante de la vida. Los mejores recuerdos se conservan en éstos mismos, y aquello es algo que permanece en nuestra memoria y corazón, y nunca muere. Como resultado, el viajar conforma una religión para nosotros.

A su vez, mi abuela materna, Nené, es una apasionada de la historia, y aquella característica propia de la misma, derivó en mi entusiasmo e interés por dicho tópico. Desde que tengo uso de la memoria, mi abuela me ha enseñado e introducido a diversos eventos históricos a través de documentales, lecturas o anécdotas que desarrolló la misma al viajar y conocer. Permanentemente resalta que a través de mis conocimientos sobre el mundo y la sociedad, y el recuerdo de viajar, me aproximará a recordarla el día que ya no se encuentre conmigo. Por consiguiente, siempre me esforcé en mi materia favorita, “historia”, no sólo por mi afecto hacia dicha disciplina, sino por el recordar y enorgullecer a mi abuela.

Finalmente, mi mayor deseo es poder viajar con mi abuela hacia el pueblo savoiano, ubicado en Francia, del cual mi familia desciende, y poder adquirir un mayor intelecto a lo que respecta la historia de mis raíces.